

Revolución Francesa, y que, en esencia, «toda superación de una práctica o una doctrina artística anterior puede ser considerada revolucionaria». A. Paulinyi considera que los cambios tecnológicos que tuvieron lugar entre 1760 y 1860 iniciaron una nueva era (el paso de la manufactura a la maquinofactura) y constituyeron en sí una revolución técnica (a la que se suele llamar revolución industrial). R. Porter sólo se atreve a denominar como revolucionarias a las transformaciones que ocurrieron en la ciencia en el siglo XVII, en cuanto a todo lo posterior, sería más correcto hablar de *revoluciones* en campos científicos concretos. M. Teich, finalmente, afirma que sólo «en el contexto del papel socializador de la ciencia y la tecnología» se puede calificar de revolución al conjunto de adelantos científicos y tecnológicos producidos durante el siglo XX.

En conclusión, el presente libro nos proporciona suficientes pautas conceptuales para definir y clasificar las situaciones históricas, incluidas las revoluciones. Así, por ejemplo, sabemos que hay que reservar el término revolución para las transformaciones realmente fundamentales; sabemos, también, que el carácter general de las revoluciones es un fenómeno de ruptura histórica; y, por último, sabemos, también, que en el proceso revolucionario, el poder del Estado se destina a crear un nuevo marco y una nueva orientación para la sociedad, en todos sus aspectos (incluidos el político y el económico). Con semejante arsenal teórico, ¿podríamos calificar de revolución lo acaecido en los antiguos países socialistas de la Europa Oriental y, más en concreto, en la extinta Unión Soviética?. Creemos que la respuesta puede ser positiva.

Guillermo A. Pérez Sánchez (Universidad de Valladolid)

F. GARCIA DE CORTAZAR; J. MANUEL AZCONA, *EL NACIONALISMO VASCO*, Historia 16, Madrid, 1991, 217 pp.

José M^a Jover piensa que el romanticismo decimonónico tuvo una importancia fundamental en el descubrimiento de la *región*, lo que a su vez llevó el renacimiento de las culturas no castellanas que, junto a ésta, conformaban la «tripleidad esencial de España»: la catalana—valenciana—balear en torno a la antigua Corona de Aragón, la galaico—portuguesa en el Reino portugués, y la propiamente castellana. Sin embargo, también el siglo XIX trajo en su devenir el surgimiento de uno de los sentimientos nacionalistas que iba a mostrarse más pugnaz y polémico en su evolución, el vasco. Quizá haya sido esta cuestión, junto con el proceso industrializador, el asunto más profusamente estudiado por los historiadores que han tomado el País Vasco como el área geográfica prioritaria en su investigación. Efectivamente, y sobre todo a partir de la década de los 70, han proliferado los análisis sobre la realidad vasca desde una perspectiva histórica, gracias a lo cual se pueden escribir hoy en día obras de conjunto muy bien documentadas como la que ahora comentamos.

De hecho, los profesores García de Cortázar y Azcona, presentaban antes de la publicación un muy notable bagaje investigador en estos aspectos, lo que, unido al manejo del amplio corpus bibliográfico existente, queda reflejado en la agilidad y brillantez con la que resuelven una síntesis de las características que convergen en las obras de la *Biblioteca Histórica 16*. En un recorrido que abarca desde los orígenes *fuieristas* del nacionalismo hasta la actualidad, los autores llevan a cabo una ardua labor sinóptica que en ningún caso cae en la mera descripción lineal de los hechos, sino que profundiza en la interpretación de los mismos.

Si uno de los elementos básicos de cualquier nacionalismo es la unidad cultural, basada en una tradición común, los autores analizan los orígenes míticos, en su mayoría inventados por los románticos vascos como demostró en su día la magnífica obra de Jon Juaristi (*El linaje de Aitor, la invención de la tradición vasca*, Taurus, Madrid, 1987). No obstante, el padre del nacionalismo vasco, Sabino Arana, bebió de estas fuentes tanto como recurrió a su propia imaginación para fundamentar una teoría nacionalista cuyas notas características marcarán la organización política nacida de estas inquietudes y que Juan Pablo Fusi resumió en tres: etnicismo, antiespañolismo y defensa de la teocracia.

Arana, cuya peculiar personalidad le llevaba a distinguir simplemente por la fisonomía al español (corto de inteligencia, avaro, torpe, propenso al adulterio) del vizcaíno (noble, religioso, imbuído de altos valores morales), encontró serias dificultades para consolidar una cultura autóctona puesto que una buena parte de la comunidad no era vasco parlante y la propia lengua estaba escindida en múltiples dialectos. Pero ningún problema logró arredrarlo y en 1865 se organizaba el *Biskai Buru Batzar*, origen del Partido Nacionalista Vasco.

Si, como bien dicen los autores, «el caldo de cultivo sociológico en el que germinó el nacionalismo fueron sobre todo las clases medias —empleados, pequeños burgueses, campesinos acomodados—, que estaban atezanados ante los cambios de la industrialización (...)» (Pág. 44), la nueva etapa abierta tras la muerte de Arana en 1903 supuso no solamente el establecimiento del partido en las cuatro provincias, sino su vinculación cada vez mayor al naciente obrerismo con la creación en 1911 del Sindicato de Trabajadores Vascos (S.T.V.). La quiebra de los principios del primer nacionalismo («Dios y leyes viejas») mostró finalmente que el nacionalismo vasco podía ser entendido de muy diversas formas por quienes lo apoyaban. Así, las disensiones internas del P.N.V. se plasmaron en la fundación de la Acción Nacionalista Vasca (1930), partido que introdujo en sus presupuestos programáticos elementos novedosos como la defensa de un estatuto de autonomía, para cuya consecución no descartaba los pactos con otras fuerzas políticas, así como la necesidad de integrar a los inmigrantes en la sociedad y en el sentir vasco.

La IIª República trajo consigo la legitimidad de la opción autonomista y desde mayo de 1931 se inició el proceso en favor del Estatuto que no fraguó hasta octubre de 1936, y que resultó muy complicado dadas las diferencias que mostraron carlistas, republicano—socialistas, P.N.V. y A.N.V. en la elaboración del mismo. Su examen patentiza la influencia del catalán aunque la organización de los poderes en el País Vasco quedaba sometida a un régimen de transitoriedad por la guerra, hecho que impidió su efectiva puesta en práctica.

Del estudio del fenómeno nacionalista durante el período franquista, los autores coligen que «el nacionalismo vasco fue el gran beneficiario del obsesivo unitarismo del régimen, aunque tuviera que esperar 40 años para cobrar su herencia. Con su hostigamiento y represión, el franquismo abonó la diferencia y el ansia de singularidad que Arana proclamara y produjo los efectos que deseaba combatir» (Pág. 102). El protagonismo del gobierno vasco en el exilio bajo la dirección de José Antonio de Aguirre, los movimientos de oposición dentro del territorio español con especial incidencia en el papel desempeñado por la Iglesia vasca en el mantenimiento de la llamada nacionalista hasta el surgimiento y fortalecimiento de E.T.A., así como la responsabilidad de aquella institución (incapaz de condenar por su nombre a la banda terrorista hasta abril de 1981) en el agravamiento de la crisis social vivida en Vascongadas, o el enmarañado panorama político que se desarrolló con la llegada

de la democracia, han sido perfectamente trabados en un libro que, sin abandonar en ningún momento el rigor histórico, resulta accesible al lector no iniciado en estas cuestiones y que quiere tener un conocimiento más sólido, al margen de la urgencia informativa característica de los medios de comunicación.

Ricardo M. Martín de la Guardia (Universidad de Valladolid)

ALEJANDRO PIZARROSO QUINTERO. *HISTORIA DE LA PROPAGANDA. NOTAS PARA UN ESTUDIO DE LA PROPAGANDA POLITICA Y DE «GUERRA»*. EUDEMA, Madrid, 1991, 475 pp.

En algunas ocasiones parece que los historiadores españoles, con la polifерación de estudios sobre parcelas muy concretas de la realidad pasada, sobre espacios geográficos cada vez más reducidos, y a lo largo de períodos de tiempos también más breves, hayamos perdidos el gusto o la capacidad por la vocación de universalidad que por profesión nos compete. Por supuesto, y es hasta trivial recordarlo, que son útiles y necesarios esos constreñidos análisis pero, quizá por su abundancia y por el casi nulo interés que suscitan entre el público no especializado, nos resulta francamente grato hallar obras cuyo contenido supera ampliamente todos estos límites espacio—temporales, cuando aquéllas están realizadas con un gran rigor analítico y bien trabadas en su construcción interna. De aquí que nos parezca muy atinado un comentario del Profesor Angel de Benito, en el prólogo de la obra Pizarroso: «La novedad del libro es absoluta, ya que no existe un estudio parecido ni en castellano ni en ninguna otra lengua».

Sin duda esta *Historia de la Propaganda* ofrece al lector una gran labor de síntesis sobre un asunto tan complicado como la propaganda política desde su concepción y desarrollo en los imperios mesopotámicos de la Antigüedad hasta la guerra del Vietnam.

Alejandro Pizarroso continúa con este libro una amplia y fructífera labor investigadora en el campo de la Historia de los Medios de Comunicación Social y de la Propaganda, uno de cuyos ejemplos fue la publicación en 1985 en la Editorial de la Universidad Complutense de *Prensa y Política en la Italia de la Post-guerra. Il Nuovo Corriere de Florencia, intento frustrado de un nuevo tipo de Periodismo (1944-1956)*, que no pasó desapercibido para los estudiosos de la Historia de la Prensa y la Opinión Pública. Además, otros artículos publicados por el Profesor Pizarroso en libros colectivos o en actas de congresos abrieron líneas de investigación hasta ese momento inexploradas, aparte de darnos a conocer aspectos olvidados por poco valorados y que se revelaron de interés, como la incidencia de la propaganda política italiana durante la guerra civil española o el destacado papel desempeñado por las organizaciones propagandísticas angloamericanas durante la Segunda Guerra Mundial.

Con un conocimiento de la cuestión, por tanto, muy notable, el autor se enfrentó ante una obra de indudable envergadura, en la cual ha solventado perfectamente una serie de obstáculos que pretendemos resumir, sin orden de prelación, en los siguientes. En primer lugar, el derivado del argumento de la investigación, su ya citada amplitud cronológica y espacial. Más aún si tenemos en cuenta la escasa por no decir inexistente tradición en estudios sobre esta materia, así como el nunca fácil acceso a la bibliografía extranjera relacionada con la cuestión.

En segundo término, la dificultad en el tratamiento de las fuentes históricas reviste en este caso una complejidad mayor dada la naturaleza de aquéllas en el aná-